

**LO QUE
HICIMOS
por AMOR**

IGNACIO DEL VALLE

LO QUE
HICIMOS
por AMOR

algaida



Primera edición: 2023

© Ignacio del Valle, 2023

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-859-7

Depósito legal: SE. 1351-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1. Niza	13
2. Como un burro amarrado a la puerta del baile	17
3. <i>Infatuation</i>	21
4. En la prosperidad y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad	31
5. El pebetero	45
6. La espuma de los días	61
7. Senséi	73
8. Pequeños crímenes colectivos	87
9. Lecciones de natación	113
10. Terapia	139
11. El vacío que se traga la llama	157
12. Bienes raíces	169
13. <i>Lauda finem</i>	197

Para Otti.

*Una hogaza de pan, una copa de vino,
y tú a mi lado en la naturaleza.*

RUBAIYAT

*Se preguntaba si acaso había entre los
seres humanos un amor que no se basara
en alguna clase de engaño a uno mismo.*

JOHN LE CARRÉ

*Con mi mano quemada escribo sobre la
naturaleza del fuego.*

SAFO

NIZA

LAS VEO VENIR POR EL PASEO DE LOS INGLESES. ESTÁ atardeciendo, se mueven entre la gente, tres chicas, caminan inseguras del brazo, con tacones vertiginosos, entre risas y esa felicidad que solo es posible en la juventud. Su salida comenzó hace unas horas, cuando se probaron un vestido tras otro, se maquillaron y se peinaron unas a otras, y cada una de ellas imaginó (y se contaron) que esa noche de verano aparecería él, su chico, en cualquier bar o fiesta, su futuro amor, uno de esos amores fuertes, potentes, que teñirá cada aspecto de una relación, que la dotará de un sentido deslumbrante, y con quien acabarían besándose en el sofá de algún piso o echados en la playa. Una escena mítica que recordarían en bucle, nos conocimos en aquella fiesta, recuerdas, y luego acabamos en la playa. Quizás la memoria de él impondrá ligeras variaciones, lo que provocará una discusión rutinaria, tradicional, que formará parte de esos ritos privados que las parejas despliegan y perfeccionan con los años. Resulta extraordi-

nario sentirse tan vivo, tanto, que su huella todavía puede sentirse a través de los años. La chica de la izquierda. Es quien te recuerda a Anabel. Parece más alta de lo que es, rubia, pálida, con un rostro indiscutiblemente cautivador. La belleza de Anabel era anómala, especialmente porque venía de un linaje genético corriente. Según me contaron en alguna tertulia familiar, no hubo indicios previos ni presagios de su belleza, de su clase. Porque es de la clase de lo que te enamoras, no de unos rasgos equilibrados o simétricos, sino de unos gestos, de una manera de estar. Resulta un prodigio, igual que la conciencia que emana de la materia.

Las chicas. Se van acercando. Van en dirección a los bares y restaurantes del casco antiguo, repletos de celebrantes, de turistas con ganas de marcha. Las mesas estarán abarrotadas. Cenarán y en breve estarán en la cola de algún *pub* o discoteca, riendo y fumando. Yo ya soy invisible, puesto que vivo en otro país, el de la madurez, puesto que ellas viven en otro país, el de la juventud. Podría ser deprimente, podría consolarme con que sus habitantes solo serán jóvenes durante un tiempo, con que la noche es efímera y que, cuando menos lo esperen, esas chicas se hallarán en un salón de clase media, con críos que tropiezan por el suelo, recordando aquellas noches de verano en Niza. Pero es tal la cantidad de dones que atesoran, tal la cantidad de promesas y abundancia que me siento incapaz de mezquindad: solo puedo desearles que disfruten la noche que se acerca, que les suceda lo extraordinario, que puedan hacer acopio de recuerdos suficientes para sobrevivir con elegancia al momento en que la fuente deje de manar. Llegará un día en que no se reconozcan o, mejor dicho, el momento en

que deban de adecuar las expectativas, que es la mejor forma de envejecer con dignidad. Serán como yo, cincuentones enrollados que evitan vestirse con vestigios de lo que fueron, que se engañan a sí mismos un poco más de lo necesario. Las chicas. Acaban de pasar frente a mí, y ahora les veo las melenas de escándalo, esos culos gloriosos, todo ese poder injusto, irrestricto, de la belleza. La chica de la izquierda. Es quien te recuerda a Anabel. La primera vez que la viste. Como será vista por alguien esta noche, su pura y desenvuelta belleza, y tal vez convertirá su corazón en el escenario de una prueba atómica. Porque la historia se repite. Pero no se parece. Porque la historia se repite. Pero no se parece.

Porque la historia se repite.

Pero no se parece.